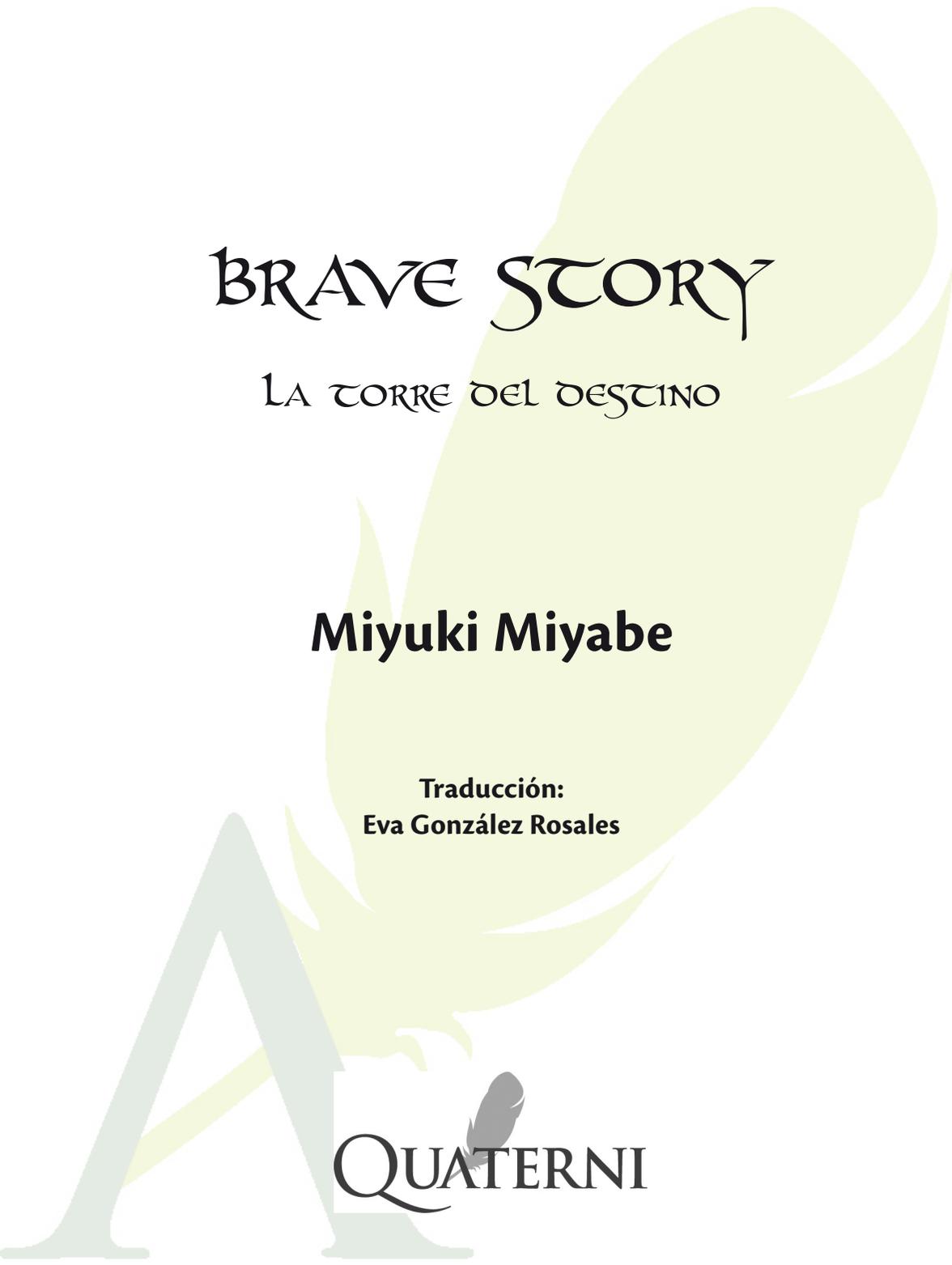


BRAVE STORY

LA TORRE DEL DESTINO

Miyuki Miyabe

**Traducción:
Eva González Rosales**

**QUATERNI**

BRAVE STORY

Copyright © 2003, Miyuki Miyabe

All rights reserved

Copyright © 2013 Quaterni de la edición en lengua española para todo el mundo por acuerdo con Miyuki Miyabe c/o The Wylie Agency

Traducción: Eva González Rosales

© Quaterni es un sello y marca comercial registrado

BRAVE STORY. La torre del destino. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-941173-4-3

EAN: 9788494117343

IBIC: FM

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.

Diseño de colección: Quaterni

Ilustraciones y diseño original de cubierta: Manuel Dombidau Rodríguez

Imágenes: Shutterstock

Maquetación y preimpresión: Grupo RC

Impresión: Grafilur, S.A.

Depósito Legal: M-23537-2013

Impreso en España

16 15 14 13 (09)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

RESUMEN DEL LIBRO 1

La vida de Wataru es un caos. Su padre, Akira, se ha marchado de casa para vivir con otra mujer, Tanako, y su madre, Kuniko, ha intentado suicidarse y está hospitalizada. Desesperadamente, el chico busca un modo de cambiar su vida... un modo de alterar su destino. Gracias a Mitsuru, un nuevo alumno del colegio que tiene un misterioso pasado, descubre la existencia del mundo mágico de Visión, una tierra creada por la imaginación de la gente del mundo real. Para conseguir cambiar su destino debe abandonar su hogar y entrar en Visión a través de la Porta Nectere, un portal temporal situado sobre la escalera de un viejo edificio que parece estar encantado. Su misión es buscar las cinco gemas que encajan en la empuñadura de la Espada del Valiente. Cuando lo haga, el camino hacia la Torre del Destino, donde lo espera la diosa para concederle un deseo, se abrirá para él.

Visión está dividida en dos grandes continentes: el Imperio del Norte y las Naciones Unidas del Sur. El norte, de clima frío e implacable, se ha visto sometido a años de guerras y privación, y su emperador está exterminando a todos aquellos que pertenecen a razas con rasgos de animales. Ellos no creen en la Diosa sino en el Dios Arcaico, y afirman que los ankha, los que tienen aspecto humano, son superiores al resto de razas. En el sur, una tierra de praderas y grandes bosques, hay diversidad y se rinde culto a la Diosa, aunque los prejuicios del norte están extendiéndose poco a poco en algunas zonas. En el centro de estos dos continentes está la Isla del Dragón, el lugar donde viven los dragones.

Durante su viaje, Wataru consigue ser nombrado Montañés, un cuerpo de seguridad que se distingue por el uso de un brazalete rojo, el brazalete del dragón, y hace buenos amigos: un enorme hombre-lagarto llamado Kee Keema y una chica con aspecto de gato, Meena.

Después de ser secuestrado por unos fanáticos adoradores del Dios Arcaico que creen que los Viajeros son seres malignos, Mitsuru acude en su ayuda e invoca a un tornado que lo arrastra hasta la Ciénaga del Desconsuelo, donde conoce a Jozo, un verdadero dragón, y es testigo de un horrible asesinato cometido por un espectral clon de sí mismo.

Allí descubre, gracias a Shin Suxin, un profeta estelar, que la Estrella Sanguina ha aparecido en el cielo dando inicio a lo que llaman Halnera, una época de tribulación en la que dos personas, una de Visión y otra del mundo real, serán elegidas para ser sacrificadas. El elegido del mundo real debe ser un Viajero: Mitsuru o Wataru.

Cuando por fin vuelve a encontrarse con sus amigos en Sakawa, la aldea de los acualios, Wataru se reúne con el Anciano. Debido a la gran impresión que ha causado en él la posibilidad de ser sacrificado, la fe de Wataru en la Diosa y en su propio objetivo se ha resquebrajado. Gracias a los consejos del Anciano, Wataru decide seguir adelante y dirigirse a Lourdes, mientras Halnera avanza inexorablemente y la ciudadanía se sume en el caos y las revueltas.

SEGUNDA PARTE

(CONTINUACIÓN)



Capítulo 29

EL OBSERVATORIO NACIONAL DE LOURDES

El viaje por Sasaya hasta Lourdes fue más deprimente de lo que Wataru habría esperado.

Por una parte, aún estaba pensando en su discusión con Meena junto a la pagoda de Sakawa. Por otra, no podía olvidar el consejo que había recibido del Anciano. Tenía que disipar todas sus dudas y buscar a la Diosa. Pero aquello era más fácil de decir que de hacer...

También se preguntaba cómo le iría a Mitsuru. Pensaba en ello todo el tiempo. *¿Dónde podría estar?* Fuera donde fuera, Wataru estaba seguro de que no se había apartado de su camino. No había duda de que estaba usando la poderosa hechicería adquirida en Visión, y de que se dirigía directamente hacia la Torre del Destino.

Él no es tan débil como yo.

Ahora que pensaba en ello, se dio cuenta de que siempre había sido así. Cuando salvó la vida de Wataru en el hospital Triankha, había sido totalmente increíble. La tormenta que había conjurado destruyó la barrera que rodeaba el hospital y había reducido el bosque de sulas a un terreno baldío salpicado de tocones de árbol.

Aquel fue seguramente el mejor modo de lidiar con la situación. *Pero ¿y lo que había dicho Kee Keema?* El ciclón había dejado muchos heridos en su estela. *Por supuesto. Debía haber habido muchos heridos, teniendo en cuenta todos los seguidores del Dios Arcaico que había por allí.* Más de un centenar de personas habían sido arrastradas por el ciclón. *Los heridos fueron, seguramente, los*

afortunados. Wataru no sabía cuánta gente habría muerto aquella noche.

¿A quién le importa? Recogieron lo que sembraron, ¿no? Y, en cualquier caso, ellos nos atacaron primero. Me secuestraron, me encerraron, e iban a ejecutarme.

Pero ¿yo habría sido capaz de hacerlo? ¿Sin vacilar? ¿Habría usado toda mi fuerza, como él lo hizo?

—No tengo ni idea de dónde vamos a aterrizar. Es lo que pasa con el viento.

¿Me hubiera atrevido yo a pronunciar aquel hechizo, confiando mi vida al destino de ese modo?

Hablando de eso...

Wataru recordó el incidente con el que empezó todo: en el edificio Daimatsu, con Mitsuru rodeado por Kenji y su grupo. Mitsuru había invocado a un demonio y la situación había cambiado drásticamente. Aquella criatura, Balbylone, había devorado a Kenji y a sus dos amigotes, y se había tragado sus almas.

¿Qué pretendía Mitsuru hacer con ellos? ¿Sabía lo que iba a hacer Balbylone cuando invocó su ayuda? ¿Lo sabía, y aun así lo hizo?

En su rostro no había un ápice de duda. Ellos le atacaron y él les devolvió el golpe: aquella era la única razón que había necesitado. Mitsuru siempre era así, decidido. Sin importar qué dificultades lo esperaran en el camino hacia la Torre del Destino, él no palidecería ni titubearía.

Y después estaba Wataru: débil e inseguro. Y sabía que, en el caso de una competición, el fuerte siempre ganaba. El Anciano de Sakawa le había dicho que no siempre es el más rápido quien encuentra la torre primero. Pero Mitsuru no solo era rápido, estaba decidido. Wataru no había tenido ninguna posibilidad desde el principio.

Pensar en ello hacía que se sintiera tan débil que tenía que agarrarse al lateral de la carreta para evitar caerse. Era imposible incluso fingir una sonrisa para que sus amigos no se preocuparan.

El paisaje de su viaje tampoco lo animaba demasiado. Cuando se marcharon de Sakawa y acamparon la primera noche en un

terreno junto al mar, los alrededores eran bonitos. Pero, cuando alcanzaron la carretera principal, las cosas cambiaron. Había mucha gente viajando por la carretera. Algunos llevaban sus muebles sobre toscas carretas, y otros caminaban con enormes hatos sobre la espalda. Algunos eran mayores, y otros llevaban niños en los brazos. Carros de darbabas pasaban de vez en cuando, llevando a los que eran demasiado viejos o estaban demasiado enfermos para caminar.

Al principio, Wataru no tenía ni idea de quiénes eran, o a dónde se dirigían. Pero la segunda noche, cuando estaban más cerca de Lourdes, el número de viajeros se había incrementado enormemente. Pronto comenzaron a intercambiar comida y compartir historias. Entonces fue cuando descubrió quiénes eran.

Eran refugiados que iban a esconderse hasta que Halnera terminara.

—Yo no me opondría a la Diosa, jamás lo haría. Pero ¿y si elige a mi marido? Eso significaría mi muerte, y la de nuestros hijos —explicó una madre animalista que llevaba a seis pequeños con ella. Tenían una tienda de campaña, pero no sabían montarla. Kee Keema y Wataru les echaron una mano.

—¿A dónde os dirigís, entonces?

—Yo nací en una aldea de leñadores en las montañas de la frontera. No tengo casa allí y mis padres murieron hace mucho, pero aún tenemos una choza. Viviremos allí mientras la Estrella Sanguina siga roja en el cielo.

Su esposo, un enorme animalista que caminaba junto a ella, observó aquella conversación con expresión temerosa. Más tarde, Wataru lo escuchó reprendiéndola:

—¿Y si quieren venir con nosotros? Tenemos un lugar donde escondernos, pero no todos son tan afortunados. ¡No cuentes nuestros planes a todo el mundo, mujer!

Efectivamente, había muchos refugiados que no tenían un destino concreto. Solo querían ir a algún sitio donde pudieran mezclarse con la gente y desaparecer. Algunos, cuando veían su brazalete de Montañés, preguntaban a Wataru a dónde iba. Cuando les dijo que iba a Lourdes, uno contestó:

—Ah, al observatorio. Los profetas astrales podrían saber cómo evitar ser elegido. Quizá te enteres de algo, ¿eh? Si es así, corre la voz, hijo.

De esta manera, algunos de ellos decidieron ir también a Lourdes, y pasó lo mismo con otros a los que se encontraron por el camino.

Al final de todas aquellas conversaciones, Wataru forzó una sonrisa y dijo:

—Pero solo se elige a una persona para el sacrificio. Y hay mucha gente aquí, así que no es probable que los elegidos seáis vosotros, o alguien a quien conozcáis. No entiendo por qué estáis todos tan preocupados.

La gente se mostraba de acuerdo, asentía y murmuraba que era cierto. Algunos incluso le devolvían la sonrisa. Pero algunas veces alguien fruncía el ceño, una nube atravesaba su rostro, y decía:

—Pero ¿y si tenemos mala suerte? Si tengo una oportunidad de evitarlo por completo, la aprovecharé.

—Los ricos, los mercaderes y los funcionarios lo tienen fácil —se quejó alguien—. Convocan grupos de oración todos los días, y construyen lugares de adoración, y le ponen flores a la Diosa. Seguro que ninguno de ellos será elegido.

Efectivamente, los refugiados de la carretera eran, casi en su mayoría, pobres, apenas con el dinero suficiente para alimentarse. ¿Qué podían ofrecer ellos a la Diosa?

—¿Y creéis que eso os da más posibilidades de ser los elegidos? —les preguntó Wataru.

—Por supuesto, lo único de valor que tenemos son nuestros cuerpos.

Cuanto más refugiados veía en la carretera, más seguro estaba de que casi todos los que habían abandonado sus hogares por el temor a Halnera eran pobres.

No eran solo los refugiados; vio otras cosas durante su viaje que lo hicieron sentirse incluso más miserable. En un pueblo, junto a una pequeña capilla donde deberían haber oído cantos de alabanza a la Diosa, escucharon gritos y llantos, seguidos inesperadamente por algo que parecían muchas voces pronunciando un hechizo.

Se acercaron y encontraron la capilla en llamas. Ante ella había un joven vestido con una túnica negra sobre una caja de madera. Gritaba un sermón, con el puño elevado en el aire. Los aldeanos se habían reunido a su alrededor y lo observaban embelesados. En olor de multitudes, los ojos del hombre brillaban como el sol sobre dos oscuros estanques. *¿Y si ese hombre es el próximo Cactus Vira? ¿Conducirá a su nuevo rebaño por el mismo camino?* Wataru cada vez estaba más preocupado.

La tarde de su segundo día en Sasaya llegaron a una bifurcación en la carretera. Una señal anunciaba que la derecha conducía al mar y a la capital de Sasaya. La izquierda conducía a las montañas, hacia Lourdes. La carretera de la izquierda tenía menos tráfico de refugiados pero estaba abarrotada de profetas astrales pidiendo que los llevaran en las carretas de darbabas y udais. Algunos se dirigían de Lourdes a la capital, y otros en la dirección contraria.

Los profetas astrales eran de distintas edades y razas, pero todos ellos llevaban túnicas con mangas de campana como Shin Suxin, lo que hacía que fuera fácil identificarlos. No parecía haber distintos rangos entre ellos, y cada uno tenía su propio atuendo. El traje más elaborado, con diferencia, lo llevaba una mujer ankha de edad similar a la de la madre de Wataru. Llevaba una túnica de color púrpura con bordados dorados en las mangas y en el dobladillo. Su extraño gorro cónico estaba adornado con la misma estrella de cinco puntas que había en la empuñadura de la Espada del Valiente.

Llevaban medio día viajando por la carretera de la montaña a través del bosque cuando lo vieron.

—¡Mirad, allí!

Kee Keema se inclinó hacia delante en su asiento, señalando frente a ellos.

—¿Veis ese tejado redondeado? ¡Es el Observatorio Nacional!

Ya estaba anocheciendo. La cúpula brillaba majestuosamente frente a un cielo teñido de rosa. Parecía un planetario del mundo de Wataru. Tenía una bóveda semitransparente con un enorme ventanal por el que asomaba una especie de telescopio. A juzgar por el tamaño, debía ser diez o veinte veces más grande que el que había usado en la casa de Shin Suxin.

Abandonaron el bosque por fin y llegaron a un lugar desde el que podían ver el Observatorio Nacional y todo el pueblo a su alrededor. La ciudad parecía haber sido tallada en la montaña. Estaba rodeada por una muralla de ladrillo. Más de la mitad de los edificios estaban contruidos con el mismo material autóctono. Todo parecía viejo. Algunas de las casas tenían las ventanas rotas, y sus ladrillos se desmoronaban. Estaba claro cuál era la pieza central de la ciudad: habían utilizado la mayor parte de su dinero en la construcción del majestuoso observatorio.

—Los profetas astrales vienen aquí para estudiar y vivir. Los edificios de las afueras del pueblo son sus apartamentos.

Había gente vestida con túnicas con mangas de campana por todas partes. Una carreta tirada por un darbaba y cargada con una montaña de paquetes se detuvo a las puertas del pueblo, y uno de los guardias ayudó al conductor a descargar su mercancía, cajas de madera de aspecto pesado.

—Seguramente son libros —supuso Kee Keema—. Los profetas astrales se pasan la noche observando, así que suelen dormir durante el día. Es por eso por lo que los apartamentos de esta ciudad tienen más plantas bajo tierra que sobre ella.

Efectivamente, los edificios del interior de las murallas eran poco más altos que estas; solo tenían una planta. Sorprendentemente, muchos de los tejados y la muralla estaban abarrotados de Montañeses patrullando. Wataru podía ver claramente el brillante escarlata de sus brazaletes de dragón desde la carretera.

—¿Qué estarán haciendo? —se preguntó Meena en voz alta—. ¿Ha habido problemas aquí?

Cuando la carreta del darbaba se alejó, Wataru y los demás se acercaron a la pequeña garita junto a la puerta. Las puertas tenían gruesas rejas de hierro, y las cruzaba una barra de aspecto muy resistente. El guardia era un animalista con largas y puntiagudas orejas.

—¿Eh? ¿Sois Montañeses? ¿Venís para el relevo de las guardias, quizá?

El guardia llevaba una coraza de cuero curtido y una espada corta en la cintura. Cuando habló lo hizo con el tono tajante y sensato de un soldado.

—En realidad hemos venido para hablar con el doctor Baksan. Nos envía Shin Suxin, el profeta astral.

Wataru se sentía culpable por usar el nombre de Shin Suxin de aquel modo, pero no se le ocurría otro modo de conseguir reunirse con el doctor Baksan, que sin duda debía estar muy ocupado.

—Ah, de acuerdo. Os proporcionaré un salvoconducto. Un momento.

Una Montañesa estaba observándolos desde la muralla. Era de una raza que Wataru no había visto antes. Su forma era exactamente igual a la de un ankha, pero su piel era de un vibrante tono verde que le recordaba a las hojas nuevas de la primavera. En la mano derecha tenía un arco, y en la espalda un carcaj lleno de flechas. Llevaba cojinetes de cuero en el pecho y en los hombros, pero sus brazos y piernas estaban desnudos. No parecía tener vello en el cuerpo, y su cabeza era brillante y lisa. A Wataru le pareció preciosa.

Sus ojos se encontraron, y la mujer comenzó a caminar lentamente hacia la puerta. Sonrió, revelando unos dientes totalmente blancos.

—¿De dónde sois?

—De Gasara.

—¡Habéis hecho un largo viaje!

—Han venido para ver al doctor Baksan —le explicó el guardia de la puerta—. Tomad, vuestro pase.

El salvoconducto era un trozo de papel más o menos del tamaño de una postal. Había dibujado un mapa en el dorso.

—El despacho del doctor Baksan está en la planta superior del observatorio.

—Gracias.

—Vas a pasártelo bien charlando con el doctor Baksan, pequeño —dijo la mujer, riéndose.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Cuando lo veas, lo comprenderás.

—¿Por qué hay tanta seguridad? —preguntó Meena de repente.

—¿No los ves? —dijo la Montañesa de piel verde, señalando la carretera tras ellos. Una enorme multitud se había reunido. Luego, vieron más gente saliendo del bosque—. Llevamos así desde que llegaron los mensajeros. Todos quieren saber quién será elegido

para el sacrificio, y cómo evitar ser escogido. Creen que los profetas astrales les dirán algo. ¡Como si nosotros supiéramos algo que ellos desconocen!

—No nos gusta tenerlos deambulando junto a las murallas, así que les hemos dicho que mantengan la distancia —añadió el guardia de la puerta—. En la parte de atrás han levantado un campamento. No habría problemas si mantuvieran la calma, pero algunos andan un poco desquiciados y exigen entrar en el observatorio para hablar con algún profeta astral importante. También se han producido algunos altercados. Por eso hemos tenido que reforzar la seguridad.

—Me temo que, mientras la Estrella Sanguina esté en el cielo, cada vez serán más —dijo la Montañesa de piel verde, mirando la multitud—. En este lugar, al igual que en el resto de edificios gubernamentales, ha sido decretado el nivel uno de seguridad hasta que termine Halnera. Así que nos han enviado aquí...

La mujer se detuvo a mitad de la frase y se puso en movimiento, corriendo por la muralla rápida como una gacela.

—¡Mirad! —señaló Meena.

Un hombre terriblemente demacrado estaba trepando la muralla, aferrándose a las grietas entre los ladrillos. La Montañesa de piel verde corrió hasta que lo tuvo en su rango de disparo, y después se detuvo y levantó el arco.

—¡Tú! ¡Alto ahí! ¡Baja de la muralla! ¡Obedece o disparo!

Otro Montañés llegó corriendo por el lado opuesto. Llevaba una lanza. El hombre bajó de la muralla y retrocedió sumisamente.

—No me extraña que necesitéis seguridad —gruñó Kee Keema.

—¡Yo sólo quiero entrar! —gritó el delgado hombre a los Montañeses—. No pretendo hacer daño a nadie.

—Nadie puede entrar en el observatorio sin permiso.

—¿Y dónde puedo conseguir un permiso?

—Esta es una instalación del gobierno. No se permite el paso del público.

—¡Eso no es justo! —dijo el hombre, frunciendo el ceño—. Ya sé lo que pasa. Vosotros, los del gobierno, estáis muy bien ahí arriba. ¿Qué os importamos nosotros? Vosotros no seréis elegidos para el sacrificio. ¡Poneos en nuestro lugar! Para nosotros es una

cuestión de vida o muerte. No podéis culparme por querer hablar con los profetas astrales y descubrir cómo puedo evitar que me escojan, ¿no?

Una pequeña multitud se había reunido alrededor del hombre, murmurando su aprobación.

—Ni siquiera los profetas astrales más importantes conocen las intenciones de la Diosa antes de que nos las comunique a todos. Marchaos a casa. Rezad y esperad —les dijo uno de los Montañeses.

—Marchaos a casa y esperad a morir, querrás decir.

—Será mejor que entréis mientras podáis —susurró el guardia a Wataru, abriendo la puerta—. Voy a tener que cerrar rápidamente.

Entraron y la puerta se cerró tras ellos con un sonido metálico. El gentío lo escuchó y se acercó aún más. Empujaron al guardia y se aferraron a las rejas de hierro, metiendo los rostros entre ellas.

—¡Déjanos entrar a nosotros también!

—¿Por qué tienen ellos un trato especial? ¡No es justo!

Aprisionados entre las rejas, los rostros de la multitud parecían incluso más tristes, más desvalidos, más lastimeros. Wataru se preguntó qué aspecto tendría él desde el otro lado. Toda aquella situación era deprimente.

—Démonos prisa y vayamos a ver a ese tal Baksan —dijo Kee Keema, metiéndoles prisa. Parecía triste, un estado inusual en un acualio que normalmente se mostraba jovial—. Me pone enfermo ver que la gente que haya perdido la fe de este modo.

Meena estaba en silencio. Wataru tampoco abrió la boca, y comenzaron a caminar siguiendo el mapa.

En el interior del edificio, los pasillos eran como un laberinto. Había diminutas habitaciones por todas partes, y a veces tenían que atravesar alguna de ellas para llegar al siguiente pasillo. Sabían que tenían que subir, pero no encontraban las escaleras.

En el edificio había un sorprendente número de personas. La mayoría eran profetas astrales, con sus túnicas de mangas de campana, pero había mucha otra gente joven vestida con monos de trabajo. Wataru esperaba encontrar a los profetas astrales reunidos en habitaciones, debatiendo acaloradamente hechos esotéricos sobre el universo. En lugar de eso, encontró a muchos de ellos sen-

tados ante escritorios especulando, o examinando gruesos libros, o copiando pasajes de pergaminos. En el pasillo, tropezó con uno que iba cargado de libros. Tan pronto como Wataru se disculpó y le ayudó a recoger los libros, tropezó con otro. Para empeorar las cosas, la mayoría de los profetas astrales parecían tener la cabeza en las nubes y, por mucho que lo intentaron, no consiguieron una respuesta directa sobre dónde estaban las escaleras que conducían al piso superior.

—Tengo la sensación de que este lugar no es tan alto —dijo Kee Keema, empezando a sudar—. Parece que construyeron sobre un edificio existente, y que después hicieron lo mismo una vez más. Seguramente no haya ninguna escalera que suba directamente hasta arriba.

Encontraron una escalera, y después de subirla comenzaron a buscar la siguiente. Aun así, estaban haciendo progresos. Después de subir un par de escaleras, Wataru miró por una ventana y vio lo lejos que estaban del suelo. También pudo ver el campamento, en el bosque tras la ciudad.

—Según nuestro mapa, debería estar en esta planta —dijo Wataru, recuperando el aliento. Habían subido diez u once tramos de escaleras. Había menos gente allí, y el pasillo estaba vacío. Todo estaba en silencio.

—Creo que es aquí, al final de este pasillo —dijo Meena señalando, justo cuando se abría una puerta. Una profeta astral con una túnica roja salió apresuradamente de la habitación. Por supuesto, iba cargada de libros.

—¿Está ahí dentro el señor Baksan? —le preguntó Wataru en voz alta. La mujer pasó junto a ellos, murmurando alguna fórmula, y bajó las escaleras sin ni siquiera mirarlos.

—Supongo que tendremos que descubrirlo por nosotros mismos —dijo Wataru, acercándose a la puerta y llamando.

—¡No es necesario! —gritó una voz desde el interior. Era una voz de hombre, pero sonaba chillona y tensa. Los tres se miraron.

—¿Ha dicho que no pasa nada si entramos sin llamar? —preguntó Meena.

Wataru metió la cabeza lentamente en la habitación y vio una auténtica montaña de libros y pergaminos. Y no solo una: contó hasta cinco montones separados. Dos de las paredes de la habitación eran, en realidad, amplios ventanales. La habitación estaba muy iluminada, tanto que Wataru tuvo que entornar los ojos.

—¿Está el doctor Baksan?

Una nube de polvo se elevó entre dos de los montones de libros de la parte de atrás de la habitación.

—¡No es necesario! —dijo la voz de nuevo.

—Uhm, hemos venido a ver al doctor Baksan.

Se levantó más polvo.

—¡Entonces venid aquí! Lo que está claro es que yo no estoy ahí.

Así que él era el doctor Baksan. Wataru entró en la habitación.

—Disculpe, pero ¿dónde está?

—¡Aquí! —dijo la voz, acompañada de otra nube de polvo, esta vez en un lugar distinto. Los tres se separaron y comenzaron a moverse entre las montañas de libros, buscando la fuente de la voz.

No estaba en ninguna parte. Kee Keema estiró el cuello.

—No lo veo.

—Disculpe, ¿dónde está?

—¡He dicho que estoy aquí! —gritó una voz a los pies de Wataru. Parecía enfadado.

—¿Aquí?

Alguien estaba tirando de los cordones de la bota de Wataru. El chico miró abajo y gritó. Retrocedió de un salto instintivamente y chocó contra un montón de libros que había cerca.

—¡Oye! ¡Ten cuidado!

El sonido de los libros al caer fue seguido inmediatamente por un grito de Kee Keema. El acualio quedó enterrado bajo un montón de libros.